

Virtudes y excelencias de dos lenguas universales, el francés y el español.

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA
U.C.M.

0. A MANERA DE INTRODUCCIÓN.

A nuestro entender resulta infantil, y además de poco gusto, comparar dos lenguas con el propósito de intentar denigrar una de ellas. La comparación puede ser, en cambio, positiva y muy provechosa cuando está orientada hacia un más profundo conocimiento de una y otra lenguas como debe hacerlo la lingüística comparada orientada, por ejemplo, a la traducción.

Conocer y valorar las cualidades y los méritos de una lengua, propia o ajena y también sus fallos o —si se quiere— sus deméritos, tiene una importancia, no sólo teórica sino también práctica para procurar evitarlos o esquivarlos, y mejor aún para tratar de superarlos al expresarse oralmente y sobre todo cuando se hace por escrito.

Para contradecir y ridiculizar la tan elogiada claridad y precisión del francés, nada más fácil que comparar una pregunta como *qu'est-ce que c'est que ça?* frente a la correspondiente española *¿qué es eso?* o simplemente *¿qué es?*, o a la provenzal *qu'es aco?*, o a la alemana *was ist das?*, o incluso a la que leemos en el hebreo del Antiguo Testamento cuando los israelitas, ante la aparición del maná, preguntaban admirados *man hu?* (= ¿qué [es] esto?). Y para clavar más honda la banderilla cabe recurrir a descomponer el *qu'est-ce que c'est que ça?* en los distintos elementos de los que se compone esa pregunta: "que est cela que cela est que cela?"

Cabría sin embargo argüir que la observación carece de fuerza probatoria ya que la estructura, aunque no elegante, no deja de ser clara y precisa y teniendo en cuenta que la fórmula *est-ce que* pertenece desde hace siglos a la idiosincrasia misma del francés.

1 De esa pregunta surgió la palabra universal "maná" (en sus varias formas en las distintas lenguas), a través del griego de la versión de los Setenta.

1. CUATRO DE LAS CARACTERÍSTICAS MÁS SIGNIFICATIVAS DEL FRANCÉS Y DEL ESPAÑOL.

Que las lenguas francesa y española tienen un mismo origen por haber nacido una y otra en el mismo manantial de la lengua latina, es cosa tan evidente que no cabe acerca de ello la más mínima duda. Nos lo dice la historia misma de sus respectivos nacimientos. Y nos lo anuncia un primer estudio comparativo de ambas lenguas. Las analogías y las características así desde el punto de vista del léxico como desde el punto de vista de las estructuras gramaticales también nos lo ponen de manifiesto.

Pero, a pesar de su origen común y a pesar de las muchas y muy significativas coincidencias y analogías, un estudio más profundo de una y otra lengua, sin embargo, nos revela unas características propias de cada una de ellas que no sólo sirven para distinguirlas, sino que además ponen de manifiesto una oposición bastante profunda entre ambas. Nos limitaremos a sólo cuatro que consideramos de muy gran importancia.

- a. En francés predomina el carácter analítico, a diferencia del carácter generalmente sintético del español.
- b. En buena parte por ese mismo carácter del francés y por su generalmente regulado orden de las palabras en la oración, la lengua francesa resulta lengua de la razón, una lengua clara y precisa, muy apropiada para la expresión de las ideas y para la exposición del pensamiento filosófico. El español, en cambio, por su mismo carácter de lengua sintética sin dejar de ser al mismo tiempo analítica, y por su gran libertad en el orden de las palabras, resulta ser una lengua muy apropiada para la expresión y la manifestación de los sentimientos, con unas posibilidades de expresividad que superan lo imaginable.
- c. Frente al ritmo oxítono del francés, el español se caracteriza por la gran variedad del suyo con palabras agudas, llanas y esdrújulas, lo cual le da un juego rítmico variado y armonioso.
- d. En relación con el ritmo propio de cada una de estas lenguas, en francés predomina la marca prefijada, mientras el español, sin prescindir de ella, se distingue por el empleo preferente de la marca sufijada, pudiendo jugar con la una y con la otra, lo cual le da unas posibilidades muy grandes de expresividad. Y así, junto a "muy grande" puede decir "grandísimo"; y junto a "hombre pequeño" puede decir "hombrecito"; y además de decir "quiero" puede decir "yo quiero", lo cual le abre un gran abanico de posibilidades de una importancia extraordinaria.

2. EL CARÁCTER ANALÍTICO DEL FRANCÉS Y EL ESPÍRITU SINTÉTICO DEL ESPAÑOL.

a. *El llamado pronombre de conjugación.*

La conjugación francesa (lo mismo que la alemana), comparada con la española (y también con la italiana y la latina) se caracteriza por la obligación de emplear el pronombre de conjugación cuando el verbo no va acompañado por un sujeto expreso, generalmente nominal. Esto ocurre así en el modo indicativo como en el subjuntivo; pero no en el imperativo.

El español, en cambio, puede emplear o no emplear el pronombre personal sujeto, ya sea generalmente delante, ya sea algunas veces detrás. Estas posibilidades conceden al español unos recursos muy valiosos de expresividad.

El empleo obligatorio del pronombre de conjugación en francés exige a esta lengua tener que recurrir al llamado pronombre de insistencia cuando conviene o se quiere insistir en el sujeto, contribuyendo en cierto modo a una mayor claridad, una de las notas más características de la lengua francesa.

Una vez más, con esta obligación del pronombre personal sujeto por parte del francés y la libertad de su empleo por parte del español, se ponen de manifiesto así el carácter analítico y el espíritu filosófico del francés, como el carácter sintético del español y sus recursos y sus posibilidades de expresividad.

b. *El diminutivo.*

Aunque son muy numerosos los diminutivos franceses creados mediante un sufijo (-*et*; -*ette*; -*on*; -*ceau*; -*ille*²), la forma más sencilla, aunque no la más elegante o bonita, pero sí siempre posible, es la de recurrir a la marca **prefijada *petit***³. En español, en cambio, la norma general es el recurso a un sufijo, como corresponde a su espíritu sintético y a la característica de preferir las marcas sufijadas.

Por otra parte, en consonancia con su carácter de lengua expresiva, las posibilidades del español son poco menos que infinitas. En repetidas ocasiones hemos traído a colación nuestras expresiones *agüita fresca* y *fresquita el agua*⁴ en las que la marca de diminutivo nada tiene que ver con la cantidad ni con el tamaño, sino que responde a un evidente matiz afectivo.

La expresividad afectiva del español se pone asimismo de manifiesto en expresiones

2 Por ejemplo: *garçonnet, fillette, chaton, lionceau, flotille*.

3 Procede recordar que en la traducción del francés al español se ha de poner especial atención al traducir el diminutivo francés distinguiendo entre *petit* con valor de "pequeño" y *petit* marca de diminutivo.

4 Su correspondencia en otras lenguas resulta poco menos que imposible, salvo en algunas como el gallego, el catalán y el **provenzal** y también el griego.

como un *hombrecito* pequeñito o un *hombrecito* chiquitín. Y asimismo con la posibilidad de un doble diminutivo o diminutivo de un diminutivo como es el caso de *chiquitín* y más aún el de *chiquirritín*. Y en cierto modo, también con diminutivos como *poquito*⁵ o *poquitín*.

Como ya hemos señalado en alguna otra ocasión⁶, en nuestra expresión el *veranillo* de San Martín, el diminutivo *veranillo* no sólo hace alusión a su brevedad sino también a que parecen saber a gloria esos días de temperatura agradable en otoño.

Las posibilidades de afectividad del diminutivo español aparece en expresiones familiares como ahora *mismito* y también en esa forma tan bonita hispano americana de *ahorita mismo*.

c. *El superlativo.*

En relación con la estructura correspondiente al superlativo, de nuevo se impone en francés la marca prefijada (*très, fort, grand, gros ...*), sin olvidar los prefijos *archi-*, *extra-*, *super-*, *-sur*, *-ultra*, ...). El español, por su parte, sin dejar de disponer de marca prefijada, hace un uso preferente del sufijo *-ísimo*.

Prescindimos de casos como el del francés *bonbon* en el que la repetición del adjetivo sirve para expresar en cierto modo un superlativo, algo parecido a lo que ocurre cuando en español decimos *café café* para significar "café auténtico", "buen café", o "café de muy buena calidad".

Un caso curioso y muy significativo es el empleo en francés del prefijar— en verbos como *parachever*, *parvenir* y *parfaire*, auténticos y preciosos superlativos de sus correspondientes *achever*, *venir* y *faire*. A diferencia de *achever*, cuyo significado es "acabar" o "terminar", *parachever* tiene el valor de "conduire au dernier point de perfection". Si *faire* es "hacer" o "realizar", *parfaire* equivale a "achever de manière à conduire à la perfection". Si *venir* es "venir" o "llegar", *parvenir* es "arriver d'un déplacement au point déterminé" o bien "atteindre le but prévu ou désiré". Se trata, evidentemente, de auténticos superlativos verbales formados con una marca prefijada. Y a nuestro entender constituyen unas verdaderas joyas de la lengua francesa.

En el campo de los superlativos, el español, una vez más, se distingue por la posibilidad de formas de muy gran valor expresivo, que, por otra parte, resulta poco menos que imposible lograr encontrarles una equivalencia medianamente satisfactoria en otras lenguas. Tal es el caso, entre otros, de la expresión "¡cuantísimo te quiero!", o de otras tan sencillas como "tantísimo dinero" o "tantísima gente". Sin olvidar una exclamación tan expresiva como "¡eres el

5 *Que se puede corresponder con el latín paululum, diminutivo en cierto modo de paucum.*

6 "De nuestro concepto de la gramática de la gramática de las lenguas semíticas" en *Revista Española de Lingüística* 28, 1, páginas 1-28.

mismísimo demonio!" Teniendo en cuenta la etimología de "mismo"⁷, resulta que "mismísimo" es un superlativo de un superlativo, es decir un doble superlativo.

d. El incoativo español marcado por el sufijo *-ecer*.

La simple comparación entre la serie española "amanecer - atardecer - anochecer" y sus correspondencias en otras lenguas resulta muy reveladora. A nosotros, ahora, tan sólo nos interesa poner de manifiesto cómo, una vez más, en español predomina la forma sintética; y en francés, en cambio, la analítica.

Al verbo español "amanecer" corresponde en francés "poindre le jour" o "se faire jour"⁸. Al verbo "anochecer", por su parte, corresponde en francés "tomber la nuit" o "se faire nuit"⁹. El latín dispone, entre otras posibilidades, de los verbos *lucescere* y *noctescere* respectivamente. Y en árabe podríamos recurrir a la llamada forma cuarta.

En español tenemos toda una serie de verbos en *-ecer*, con un claro valor incoativo. Entre otros: *florecer* (a diferencia de "estar en flor"), *envejecer* (a diferencia de "ser viejo"), *rejuvenecer* (a diferencia de "ser joven"), *reverdecer* (a diferencia de "ser verde" o "estar verde"), *ennegrecer* o *ennegrecerse* (a diferencia de "ser negro"), *reblandecer* o *reblandecerse* (a diferencia de "estar blando" o "ser blando"); *endurecer* o *endurecerse* (a diferencia de "estar duro" o "ser duro"), *desvanecer* o *desvanecerse* (a diferencia de "estar desvanecido"). Procede señalar que muchos de los verbos españoles en *-ecer* tienen una correspondencia francesa en verbos *-ir* de la segunda conjugación, y por consiguiente con el infijo incoativo de origen latino *-iss-* que reiteradamente aparece en su conjugación¹⁰.

e. El reiterativo español marcado por el sufijo *-ear*.

Lo mismo en francés que en español disponemos de unos sistemas ya consagrados para expresar así la simple repetición de una acción como su reiteración, es decir su repetición una y otra vez.

Para la simple repetición solemos recurrir al prefijo *re-*, con las variantes *re-*, *ré-* o *r-* en francés de acuerdo con unas acertadas normas fonéticas. Y así tenemos *refaire*, *recharger* ... por un lado; *réaffirmer*, *rééditer* ... por otro; y *raccourcir*, *rappeler* ... por otro.

Una observación se impone respecto a este sistema de expresar la repetición. Algunos de los verbos franceses formados con este prefijo *re-* (o *ré-*, o *r-*) no conocen corresponden-

7 Del latín *metipsimus*.

8 En alemán: "Tag werden" o "Tagesbeginn irgendwo ankommen". En italiano: "albeggiare".

9 En alemán: "Nacht werden" o "zur Nachtzeit ankommen". En italiano: "annottare".

10 En todas las personas del pretérito imperfecto de indicativo y del presente del subjuntivo; en las tres personas del plural del presente de indicativo; y en todas menos en la tercera del singular del pretérito imperfecto del subjuntivo, así como en el participio de presente y en las personas del plural del imperativo.

cia similar en español, teniendo que recurrir en esos casos para expresar la idea de repetición o bien a la forma "de nuevo" o bien a la forma "otra vez". Eso ocurre, por ejemplo, con los verbos *redire*, *recourber* y *recouper*¹¹.

Entre otros modos para expresar la reiteración de una acción, disponemos en español del sufijo verbal *-ear*, un sufijo muy productivo que encontramos en toda una larga serie de verbos, como *besuquear*, *toquetear*, *corretear*, *pisotear*, *lloriquear*, *mordisquear*, *temblequear*, *martillear*, *golpetear*, *picotear*, *patear*, *patalear*, *parpadear*, *pedalear*, *tirotear*, *manosear*, *mariposear*, *revolotear*, *tamborear*, *temblequear*, *repiquetear*, *tabernear*, *copear*, *nalguear* ... De esta suerte, con la sola ayuda de un sufijo se consigue agregar al significado esencial de un verbo la idea de repetición reiterada.

3. El verbofrancés "devenir".

Para expresar la idea de "dejar de ser una cosa y pasar a ser otra" el francés puede recurrir a su verbo *devenir*, lo mismo que el alemán lo suele hacer con el verbo *werden*. El español, en cambio, lo suele hacer recurriendo a alguna de las fórmulas "convertirse en", "llegar a ser" o "hacerse". Y así, decimos en francés *devenir vieux*, *devenir grand*, *devenir plus petit*, *devenir riche* ..., unas formas que se corresponden con las alemanas *alt werden*, *gross werden*, *klein werden* y *reich werden* respectivamente.

Pero la riqueza de nuestras lenguas es tal que, además de estas formas, así el francés como el español disponen de unos verbos que de forma sintética expresan la misma idea de "devenir" o de "convertirse en". Y así, en francés decimos, por ejemplo, *vieillir*, *grandir*, *rapetisser*, *s'enrichir*, *grossir*, *maigrir* ...; y en español "envejecer", "crecer", "empequeñecerse", "enriquecerse", "engordar", "adelgazar" ... De esta suerte, francés y español disponen de una forma analítica y de otra sintética para poder jugar con ellas, lo cual les ofrece unas opciones de gran interés para la expresión lingüística.

Además de estas construcciones existen otras muchas en las que encontramos el verbo *devenir* seguido asimismo de un adjetivo. Por ejemplo: *devenir célèbre* (= hacerse famoso), *devenir difficile* (= hacerse difícil, ponerse difícil, resultar difícil), *devenir agréable* (= resultar agradable, ponerse agradable), *devenir taciturne* (= volverse taciturno, volverse callado), etc. Sin olvidar frases como "son regard devenait indécis" (= su mirada se volvía o resultaba *inexpresiva*).

El español *-es* cierto no dispone de un verbo como el francés *devenir*. Pero, dada su riqueza léxica y fraseológica, tiene, en cambio, toda una serie de posibilidades que cabe poner en juego para expresar esa idea. Por eso, el acertar a dar en cada caso una correspondencia

11 Existe en español el verbo "recortar"; pero su correspondencia en francés hay que encontrarla en *découper*, *rogner*, *ébarber* ... según los casos.

exacta en español a ese verbo francés *devenir* supone un verdadero arte. Así, *devenir gras* puede ser expresado en español por "ponerse gordo", o "ponerse cebón", o "crecer en gordura", o simplemente "engordar"; *devenir sourd* equivale a "quedar(se) sordo" o "ensordecir", "contraer sordera"; y *devenir triste*, a "entristecer(se)" o "ponerse triste".

El verbo *devenir* es una auténtica joya del francés que lo ha sabido conservar después de haberlo recuperado del latín *devenire* cuyo significado primitivo era más bien el de "llegar", y también el de "bajar" o "descender", para ser luego empleado con valor de "ocurrir", "suceder" y también con el de "recurrir a" para tomar más adelante, sobre todo con el llamado latín vulgar el significado que hoy tiene el francés *devenir*.

Los empleos del verbo *devenir* seguido de un sustantivo son muy numerosos, y asimismo muy significativos para expresar un cambio de estado o de situación. Y así se emplea para significar que una persona ha llegado o conseguido llegar a una situación profesional determinada (por ejemplo *devenir médecin*) o ha obtenido tal o cual puesto o cargo (por ejemplo *devenir ministre*).

Uno de los empleos más significativos e importantes del verbo francés *devenir* es el que señala cambio de estado y en cierto modo de naturaleza al menos aparente. Eso ocurre, por ejemplo, en la expresión "à 0° l'eau devient de la glace": el agua deja de ser agua convirtiéndose en hielo, en definitiva deja de ser un líquido convirtiéndose en un sólido. Lo mismo ocurre con "le têtard deviendra une grenouille": dejará de ser un renacuajo convirtiéndose en una rana. Y eso ocurre también algunas veces en algunos hechos fantásticos de ciertos cuentos infantiles cuando, bajo la influencia de la varita mágica de un hada una calabaza se convierte en una carroza conducida por cuatro hermosos caballos que poco antes no eran sino cuatro simpáticos pero insignificantes ratoncillos; o cuando un príncipe encantado queda convertido en una rana o viceversa.

Hemos aportado estos ejemplos, sencillos y hasta ingenuos, pero muy significativos, por lo que suponen para una lengua como el francés, dotada de condiciones excepcionales para el lenguaje filosófico.

Aun renunciando a otros empleos del verbo francés *devenir*, no dejaremos de recordar expresiones como "qu'est devenu notre ami?" o como "que deviendra-t-il à la mort de sa mère?"; o esta curiosa frase que leemos en Queneau: "je me demandai ce que vous êtes devenu", cuya correspondencia española podría ser "me pregunté entonces qué habría sido de su vida". Nada diremos de casos especiales como la frase "êtes-vous devenu malade?", cuya correspondencia en español podría ser: "¿ha caído Vd. enfermo?"

Muy en consonancia con su espíritu filosófico y con su carácter analítico, la lengua francesa no sólo hace un empleo frecuente de este verbo, sino que además lo ha sustantivado. Y así habla, por ejemplo, de "la philosophie du devenir" y ha creado sentencias como "la conscience est un perpétuel devenir".

Y, por su fuera poco, ha tenido el acierto de crear el verbo *redevenir*, que puede ser empleado seguido de un adjetivo en expresiones como "redevenir gentil", o de un sustantivo en otras como "redevenir enfant" o como "redevenir étranger".

4. El injinitivo sustantivado.

En el apartado anterior hacíamos mención de la expresión "la philosophie du devenir" y de la sentencia "la conscience est un perpétuel devenir". En uno y otro caso, *devenir* es empleado como un auténtico sustantivo, o, si se quiere y con mayor precisión, como un infinitivo sustantivado.

Así en francés como en español se da el fenómeno lingüístico de la sustantivación del infinitivo. Pero con una cierta diferencia que puede revelar unas notas en relación con la idiosincrasia de una y otra lengua. En español, cualquier infinitivo puede ser sustantivado. En francés, en cambio, la sustantivación es limitada. Al español "el haber" corresponde en francés "l'avoir"; y "un deber" es en francés "un devoir". En español hablamos de "un ser humano" y también de "el ser y la nada", lo mismo que decimos en francés "un être humain" y "l'être et le néant".

Aunque existe en francés la expresión "en perdre le boire et le manger"; y también la que dice "en oublier le boire et le manger" para significar "estar completamente absorbido por una preocupación o por una ocupación o tarea", ni *manger* ni *boire* son hoy empleados como sustantivos en la lengua normal y comente. Y en consecuencia, para traducir el español "el comer" hemos de recurrir a la forma "l'action de manger" o "le fait de manger"; y para traducir "el beber" diremos "l'action de boire" o "le fait de boire".

Lo mismo ocurre con expresiones como "el saludar es signo de buena educación", o "el hablar tan despacio nos ayuda a poderle entender mejor", o "su comportarse con los demás", que el francés ha de expresar por "le fait de saluer est une marque de politesse", o "le fait de parler si lentement nous aide a pouvoir mieux le comprendre", o "sa manière de se conduire en société" respectivamente.

Hemos traído estos ejemplos porque vemos en ellos una muestra más del carácter analítico de la lengua francesa, en contraste con el carácter sintético del español. Y una muestra asimismo del espíritu de precisión y búsqueda de claridad del francés por una parte, y por otra de la libertad y la variedad del español que dispone además de distintas posibilidades que le permiten unos juegos muy valiosos en relación con la armonía y musicalidad de la lengua y con su expresividad.

Nada diremos de los casos, muy frecuentes por otra parte, en los que a un infinitivo sustantivado español corresponde en francés un sustantivo comente, como ocurre al decir en fran-

cés "la marche est salubre" como correspondencia del español "el caminar es bueno para la salud".

5. Consideraciones en torno al léxico.

Así el francés como el español disponen de un léxico de una riqueza extraordinariamente grande que les permite designar cualquier cosa por insignificante que sea y expresar cualquier idea y cualquier sentimiento con una precisión sorprendentes. Nos limitaremos a unos pocos ejemplos.

Para designar a los hermanos nacidos en un mismo parto decimos en francés *jumeaux*¹²; y en español *gemelos* o *mellizos*. Aunque nuestros más prestigiosos diccionarios no marcan diferencia entre *gemelos* y *mellizos*, el español usual sí suele distinguir entre los hermanos que proceden de un mismo óvulo y los que proceden de óvulos distintos. Los primeros son del mismo sexo y su parecido es tan grande que suele resultar muy difícil distinguirlos. Los segundos, en cambio, pueden ser del mismo o de diferente sexo y su parecido, aunque es a veces muy grande, otras no lo es tanto. Para marcar esa diferencia, el francés recurre a las expresiones "vrais jumeaux" y "faux jumeaux". De esta suerte, así el español con los términos *gemelo* y *mellizo* como el francés con las expresiones "vrais jumeaux" y "faux jumeaux" han venido marcando una diferencia que la lengua científica expresa hoy con los neologismos *univitellino*¹³, *bivitellino* y *plurivitellino* (o *multivitellino*) en español, y *univittellin*, *bivittellin* y *plurivittellin* (o *multivittellin*) en francés. Vale la pena dejar constancia de que en español hemos visto la expresión "gemelos idénticos o univitelinos"¹⁴. Y también nos parece que vale la pena señalar que esta palabra *univitellino* ya aparece en algunos diccionarios, aunque no *bivitellino*, ni *plurivitellino* o *multivitellino*.

Para designar al hijo de padre blanco y madre de color o viceversa, el español creó en el siglo XVI la palabra *mulato* que el francés no tardó en adoptar adaptándola en la forma de *mulâtre*. En ese mismo siglo XVI, españoles y portugueses sintieron la necesidad de crear una palabra para designar a los hijos nacidos de la unión de padre hispano y madre india americana o de madre hispana y padre indio americano, y así surgió nuestro término *mestizo*, que el francés adoptó asimismo adaptándolo en la forma de *métis*.

No contentos con una precisión lingüística entre *mestizo* y *mulato*, los hispanos buscaron un nuevo término para designar al hijo de padre hispano y madre mestiza o de padre mestizo y madre hispana, y le dieron el nombre de *cuarterón*, dando así a entender en cierto modo

12 Cabe recordar el arcaísmo *besson*, hoy apenas conocido y sólo empleado como término regional.

13 De *uni-* y *virellus* (= yema de huevo), homónimo de *vitellus* (= choto, joven ternero), diminutivo de *vitulus* (= ternero, novillo).

14 José Luis Pinillos, *La menre humana* (1970).

que tenía un cuarto de indio y tres de hispano. Cabe recordar que el francés adoptó asimismo esta palabra bajo la forma de *quarteron*.

Aunque muy reveladores, pasaremos por alto otros muchos casos, como son, entre otros, los que se refieren a relaciones familiares. Para determinados grados de parentesco, el francés juega con los adjetivos *beau*, *grand* y *petit* y sus respectivos femeninos y plurales, junto con *frère* y *soeur*, *père* y *mère*, *fil* y *fille*. El español, por su parte, conserva una gran variedad de términos y muestra también aquí la riqueza de su léxico con los términos cuñada y cuñado, yerno y *nuera*¹⁵, suegro y suegra, abuelo y abuela, nieto y nieta y sus respectivos plurales. Y además, esas curiosas palabras consuegro y concuñado, sin equivalencia en otras lenguas.

Acierta el francés al emplear la palabra *parents*¹⁶ (en plural) para designar al padre y a la madre o a los padres y las madres. Eso le permite marcar una diferencia entre *les pères* (solamente varones) y *les parents* (varones y mujeres). Pero, por otra parte, le crea a veces algunos problemas para expresar lo que el español dice pariente en el sentido de persona vinculada familiarmente sea por ascendencia o por descendencia o colateralmente, lo mismo si es por consanguinidad como si lo es por afinidad.

El español conserva los términos madrastra, padrastro e hijastro. El francés no conoce palabra correspondiente a hijastro. Sí conoce *parâtre*¹⁷ y *marâtre*¹⁸. Pero *parâtre* apenas es empleado; y, cuando lo es, suele ser para designar un mal padre, un padre sin sentimientos, o duro, y a veces hasta cruel. En cuanto a *marâtre*, procede recordar que, si bien ha sido empleado para designar a la mujer del padre en relación con el hijo o los hijos habidos en un matrimonio anterior, apenas conoce hoy otro empleo que el de madre despiadada o malvada.

Y, teniendo en cuenta que más que de sinónimos se trata de parasinónimos, así se podría seguir considerando la diferencia entre las palabras francesas *rivière* y *fleuve* (en español: río); o entre las españolas *pez* y *pescado* (en francés: *poisson*); o entre *andén* y *muelle* (en francés: *quai*). O también entre terremoto y temblor de tierra (en francés: *tremblement de terre*), sin olvidar los términos *sacudida* (en francés: *secousse*), *cataclismo* (en francés: *cataclysm*) y sobre todo *sismo* o *seísmo* (en francés: *séisme*), dejando de paso constancia del término español *maremoto*¹⁹, en lógica correspondencia con terremoto.

El español *pararrayos* se corresponde con el francés *paratonnerre*, palabra creada en la segunda mitad del siglo XVIII (hacia 1779) al ser inventado por Benjamín Franklin. De lo que nos hemos de proteger, evidentemente, no es del trueno, sino del rayo. Y así lo expresan no sólo el español, sino también otras lenguas como el inglés *lightning conductor*, el alemán

15 El francés conoce también *gendre* y *bru*.

16 Y asimismo *grands-parents* para los abuelos: abuelo + abuela, o abuelos + abuelas.

17 Derivado del llamado latín vulgar *patraster*.

18 Derivado del llamado latín vulgar *matraster*.

19 En francés: *raz-de-marée*.

Blitzableitery el italianoparafúlmine. Estas lenguas piensan –como es natural y evidente– en el rayo y no en el trueno (thunder, Donner y tuono respectivamente). Para tratar de corregir la en cierto modo anomalía que supone paratonnerre, a mediados del siglo XIX el francés creó el término parafoudre, cuyo empleo, sin embargo, apenas ha logrado pasar del lenguaje técnico.

Aparte de otros significados, al francés légumes pueden corresponder en español legumbres y hortalizas. Para distinguir entre los dos, el francés recurre a las expresiones légumes secs y légumes verts, que también se dice de las verduras. Pero el francés, por su parte, dispone de una palabra, de uso muy frecuente y de gran vitalidad primeurs, que sirve para designar las hortalizas y los frutos tempranos. Esta palabra francesapimeurs nos podría llevar de la mano para hacer consideraciones acerca de la expresión española "diezmos y primicias" y de la palabra francesa dime, sin tampoco olvidar la de prémices.

A los términos franceses década y décennie corresponden en español década y decenio. Lo mismo el francés décennie que el español decenio designan un período de diez años. En cuanto a década francés y a década español se emplean para significar un período de diez días; pero también para un período de diez años. En una buena economía de la lengua y pensando en la claridad y en la precisión, década francés y década español deberían ser empleados exclusivamente para significar un período de diez días (principalmente la "semana" del calendario republicano de la Revolución francesa) y no aplicarlo también al período de diez años que sólo debería denominarse décennie en francés y decenio en español²⁰.

Bajo esa misma perspectiva de claridad y de precisión de la lengua recordamos la diferencia que marca el español entre el autor y la autora, en contraste con l'auteur en francés, que lo mismo puede referirse a una mujer que a un hombre.

También por esta misma razón de claridad o de precisión insistimos en denunciar y combatir esa viciosa costumbre que se está imponiendo de no distinguir entre "hacer algo en cinco minutos" (es decir, empleando cinco minutos en hacerlo o para hacerlo) y "hacer algo dentro de cinco minutos" (es decir, cuando hayan pasado cinco minutos). Se trata además de un empobrecimiento de la lengua.

6. A manera de conclusión.

Como es natural en toda obra con intervención humana, también en las lenguas francesa y española cabe encontrar fallos e imprecisiones. Pero se trata de pequeños defectos que en modo alguno empañan los extraordinarios valores positivos de una y otra lenguas.

El francés se distingue por su precisión y claridad haciendo buena la afirmación según

20 Y en lugar de decir "en la década" de los 40 por ejemplo (o de los 30, o de los 20, etc.), sería más acertado decir "en los años 40" (ó 30, ó 20, etc.).

la cual "ce qui n'est pas clair n'est pas français". El español, por su parte, goza de unas privilegiadas condiciones y dotes que, además de permitirle poder expresar con claridad las ideas, le ofrecen los medios más adecuados para manifestar cualquier suerte de sentimientos y las más íntimas y sentidas emociones.

En francés predomina la línea recta²¹ y el orden "sujeto - verbo - complementos". El español, en cambio, lo mismo que el latín, goza de una gran libertad a este respecto.

Para cuantos por uno u otro motivo estamos comprometidos con el estudio de las lenguas francesa y española constituye un reto y un deber no sólo contribuir a su mantenimiento y difusión sino también a poner de manifiesto las condiciones y dotes que hacen de ellas unas lenguas universales, aptas no sólo para las relaciones comerciales entre los pueblos, sino también, y de manera especial, para la difusión de la cultura.

21 Por eso no llegamos a comprender la crítica exacerbada de algunos escritores franceses viajeros por España en el siglo XIX al comentare el estilo herreriano del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, cuando la estructura geométrica de su arquitectura está en la más perfecta consonancia con el espíritu rectilíneo de la mente francesa que se manifiesta en la lengua e incluso en el llamado espíritu cartesiano.